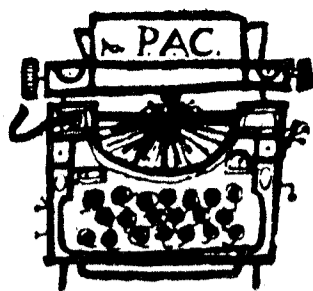


escrito a máquina



¿Tantos millones de hombres hablamos inglés?

Cada día son más las personas que protestan por la invasión de anglicismos en la lengua del nicaragüense, pero a pesar de esto, cada día son más las palabras inglesas que sustituyen las de nuestra lengua en los rótulos y anuncios comerciales, en las crónicas deportivas (que ya obligan al uso del diccionario para entenderlas), y en el lenguaje técnico.

En días pasados asistí, un poco marginalmente, a una discusión sobre este tema. Algunos (los más jóvenes) se violentaban autollamándose "pueblo de descastados" sin orgullo nacional; otros, menos críticos, atribuían el yanquismo lingüístico a nuestro calumniado analfabetismo; otros, a los discursos de Somoza "forever", otros al snobismo y —como ya es costumbre en Nicaragua— pronto alguien sugirió que deberían dictarse leyes policiacas en defensa de la lengua. (Casi siempre los pueblos que no cumplen sus leyes son los más tentados a solucionar sus problemas dictando leyes).

Yo creo, con Rosenblat, que las lenguas como los organismos tienen poderosas defensas contra toda intromisión extraña; pero que su reacción es lenta. El organismo idiomático tiene un compás de espera para restablecer su equilibrio vital. Nosotros tuvimos el caso idiomático más crítico de América (peor que el de Puerto Rico) con la invasión política y cultural de nuestra Costa Atlántica por Gran Bretaña. Sin embargo, a pesar del mínimo esfuerzo de nuestros gobiernos por integrar culturalmente esa región, a pesar de nuestro anémico nacionalismo oficial, el costeño se está castellanizando vertiginosamente, y, en estas últimas generaciones ya ha producido varios poetas de lengua española (como MacField, Rigby, etc.), lo cual significa que esa españolización ha llegado ya hasta sus raíces creadoras.

Me parece que el fenómeno actual de inglesismo o yanquismo lingüístico es muy local —su epicentro es el comercio de Managua— y es fruto directo del terremoto. No niego que Managua es un magna-voz peligroso. Es la capital y, aunque derruida y caótica, siempre influye en el resto del país. Pero el sustrato nacionalista de los pueblos hispanoamericanos es tan fuerte y está tan exacerbado en nuestros días que no tarda en operarse una reacción, quizá hasta ridícula, de purismo lingüístico. (Pidamos a Dios que no surja por ahí algún policiaco monseñor o algún anático dictador radial imponiendo multas o toda mosca inglesa que se nos pare en la lengua)...

Porque el anglicismo de ahora es un trauma y como trauma hay que tratarlo.

En su breve pero valiosísimo estudio titulado "Cómo Pronuncian el Español en Nicaragua" el doctor en Filología Heberto Lacayo decía: "Es corriente oír decir en Nicaragua, cuando se habla de sus hombres destacados, que aquel hombre debió haber

nacido en otra parte. Parece que con ese decir quieren liberar a sus genios de la limitación que las fronteras nacionales imponen a todo genio". Y agrega: "Pues bien, me parece haber descubierto que ese mismo decir lo lleva todo nicaragüense en el corazón para aplicárselo a sí mismo. Si no lo dice, por lo menos lo piensa: Yo debí haber nacido en otra parte".

Gabry Rivas, por su parte, le gustaba repetir la frase o tal vez ya refrán de aquel nica que decía: "quisiera ser extranjero para irme para mi patria".

El nicaragüense siempre se está yendo. Además de viajero es un imaginador de viajes apenas le aprieta el zapato de una situación desagradable. Generalmente quiere irse sin irse. Es un viajero de deseos como es también un rico de lotería. Y con el terremoto, ese "yo debí nacer en otra parte", ese "quisiera ser extranjero", o ese deseo ancestral de viajar, se ha excitado, se ha vuelto una obsesión subconsciente, y el viaje o la extranjerización lo hace con la lengua. Son los escombros, es la ciudad destruida, despedazada, difícil, incómoda, sucia, la que nos empuja a usar términos extranjeros que cubran, con un velo idiomático, la realidad que nos punza como cilicio.

El negociante que le pone a su restaurante un nombre norteamericano, o el que anuncia un "Snack bar", una "Grocery", un "inn", etc., o el comerciante que abre su "Shopping-center", su "Super-Market", su "Self-service", o el "Garcia's", o el "Sandy's" lo que están diciendo —sin decirlo— es: "ésta no es Managua", "esto es Miami, o Nueva Orleans, o San Francisco", o cualquier lugar de "los Estados" que es el escape colonial de este pobre pueblo viajero. Y los comerciantes saben, por instinto, que con el nombre extranjero, los demás responden. Es un idiotismo —pero, como todo idiotismo es también un pase hipnótico— y el que va a comer o a comprar, entra, por la palabra, o sale por ella, al extranjero. La palabra es un "desvío", es un "By-pass".

El nicaragüense —como casi todos los pueblos con una realidad hostil— ha tendido siempre a este escape lingüístico. Nunca, sin embargo, habíamos llegado a un viaje colectivo tan ridículo (o enfermizo) como en estos meses post-terremoto en que damos la impresión, como me decía un diplomático —de que el golpe del desastre nos hizo olvidar la lengua.

Yo espero que recuperaremos el habla a medida que recuperemos la ciudad y olvidemos los escombros. Porque, así como hemos perdido el humor (¡el viejo humor nica!) y andamos agrios y frustrados, así hemos perdido el sentido del ridículo. Pronto comenzaremos a reirnos de nosotros mismos y cuando nos veamos haciendo de monos imitativos, sin lengua propia, extranjeros sin salir del país, tendremos que soltar la risa y con la risa se nos soltará la lengua.

PABLO ANTONIO CUADRA